

# SIGLO XXI DE ESPAÑA EDITORES S.A.

Gerald Brenan

Al sur de Granada

330 págs. 200 pts.

Thomas Moro Simpson

Semántica filosófica:  
problemas y discusiones

478 págs. 375 pts.

Arturo Paoli

La perspectiva política  
de San Lucas

188 págs. 145 pts.

I. Fernández de Castro  
y A. Goytre

Clases sociales en España  
en el umbral de los años 70

308 págs. 175 pts.

Historia de Europa  
Siglo XXI - David Ogg

La Europa del Antiguo  
Régimen 1715-1789

394 págs. 175 pts.

Historia Universal  
Siglo XXI

vol. 19: El Imperio chino

388 págs. 175 pts.

**XXI** Emilio Rubin, 7  
Tel. 200 0978  
Madrid-33 España

hace la mayoría de la crítica), hora es ya de reconocer que hacer poesía supone, ante todo, búsqueda constante y una relación renovada, y a cada paso rejuvenecida, entre el hombre que escribe y la realidad hacia la que se dirige, que será cambiante, escurridiza, multívoca, desde el punto y hora en que se nombra; o que perece desde el momento en que se le añaden perifoneos, aditamentos adjetivos o pseudopoéticos.

Descubrir la verdadera poesía de las cosas es una tarea que todavía llevan a cabo algunos poetas y que —esto es lo triste— se sigue considerando marginal y extemporánea. La poesía de «Me hizo Joan Brossa» nos propone una poética de los objetos, una poética de la vista, donde la palabra deja de ser «literatura» para convertirse en algo fundamentalmente sustantivo. ■ JORGE RODRIGUEZ PADRON.

### Mariano Antolín Rato, a dos mil años luz de casa

Es obligada pregunta, para cualquier lector atento de los últimos productos literarios que en forma de novela se presentan, si es que la narración ha muerto, si es que el lenguaje, como la serpiente Ouroboros, vuelve sobre sí mismo y reflexiona, alejándose cada vez más de cualquier tentativa de descripción de lo que pudiera considerarse exterior a él, o si, como algunos creemos, la descripción de cualquier realidad no pueda ya ser más que esta reflexión sobre sí del lenguaje, trama y armazón de todo lo que es. A todas estas preguntas responden, con más o menos acierto, los creadores —sean novelistas, poetas, pensadores o autores dramáticos— de un ámbito en el que se mueven unos personajes concebidos tan sólo para juego o expresión —términos a mi entender equivalentes— de su autor.

La primera novela de Mariano Antolín Ra-

to (1) no responde, ni mucho menos, a todas estas cuestiones planteadas; más bien las replantea. Sirviéndose de un muestrario de los mitos más actuales, Antolín rompe el espejo de la novela, o, más bien, coloca otro espejo frente a ella, para que no refleje el famoso camino de Stendhal, sino que se refleje a sí misma, para que «reflexione»; no en vano en sus páginas se recoge una cita del más brillante Cocteau: «Los espejos debieran reflexionar antes de reflejar». Quizá esta reflexión sea demasiado explícita, quizá el experimento tenga matices demasiado científicos, rayanos con la pedantería. Pero hoy toda novela ha de ser un experimento: la novela burguesa murió, dejándonos desamparados, y el camino de la nueva narrativa necesita ahora de exploradores y aventureros que creen el espacio que conquistan.

«Cuando 900 mil Mach Aprox» es un viaje a través de 177 páginas, un viaje en busca de la palabra «fin», en la que sus personajes —Maia, la no muerta, y Asha-vero, el Judío Errante, no vivo, porque la vida es para él una maldición— encontrarán el descanso. No hay anécdota —sí, anécdotas— ni trama novelística; hay un caos multiforme de palabras-objeto, provistas de un significado independiente de sus relaciones con el contexto, que «hacen el amor», como diría Breton, para construir —o representar— un infierno, que no es, en suma, otro distinto del que todos conocemos. A través de esta odisea, en la que Itaca es la muerte y la palabra «Fin» justificación de lo escrito, asistimos al encuentro-lucha de los Dos Principes, Yin-Yang, en la angustiada búsqueda de su reabsorción final en la Unidad, revistiendo mil máscaras y jugando mil juegos.

Ha elegido Antolín el artificio literario de la «ficción científica» —que ahora se llama especulativa— para su narra-

ción, siguiendo en esto las huellas de William Burroughs, de J. G. Ballard e incluso del olvidado Kerouac de «Doctor Sax», y mucho se podría hablar de la influencia que estos autores han tenido sobre el nuestro, así como de la de Lovecraft, Joyce —sobre todo, Joyce, en la ruptura con una narrativa lineal y con un lenguaje convertido en instrumento de opresión—, Miller y mil otros, procedentes todos del continente lingüístico anglosajón, pero en toda primera obra están presentes de una forma clara las influencias de los autores preferidos por el que la escribe. Y aquí, más que influencias, podría decir que son asimilaciones de una realidad cultural que a todos nos engloba, de un colonialismo anglosajón que nos impone —lo queramos o no— sus modos y modas. También Séneca, nacido en España, hablaba y pensaba como un romano. ■ ALFREDO IBARS.

### México amargo

Luis Suárez, de origen español, exiliado el 39, publicó hace cinco años un libro, titulado «México antiguo en el siglo XX», en el que estudiaba las actuales formas de vida de las viejas comunidades indígenas. Incluía en el libro una serie de reportajes, a través de los cuales el periodista —uno de los más destacados con que cuenta México en la actualidad— recogía los contrastes entre las culturas supervivientes y la que «corresponde» a nuestro tiempo. Suárez se planteaba la necesidad de resolver el conflicto con prudencia, favoreciendo la plena conquista de todos los derechos establecidos para todos los mexicanos, alterando las estructuras económicas para que tal conquista no se quedara en el papel, pero respetando hasta donde fuera posible modos de ver la vida y de entender el mundo en clara disonancia con los nuestros.

Ahora, otro periodista, Manuel Mejido, acaba de publicar en Si-

glo XXI un nuevo libro con artículos de viajes por el país. Orfila, el gran patrón de la prestigiosa editorial, decidió que su título fuera «México amargo», con clara voluntad de oponerle a la habitual y enmascaradora etiqueta de «México lindo». Porque si la innegable belleza de México es compatible con la denuncia de Manuel Mejido, la idea de «lindura» nos remite de inmediato a un mundo de «mariachis» y de paisajes de postal.

Pienso que el libro de Mejido es de gran interés dentro de la vida política de México. Desde que en 1810, apenas iniciada la guerra de Independencia, Manuel Hidalgo, en el famoso Bando de Guadaluajara, proclamara la abolición de la esclavitud y de la discriminación racial, hasta los últimos discursos del actual Presidente de la nación, Luis Echeverría, hay siempre un tejer y destejer en busca del «redescubrimiento de México», una revolución que avanza o retrocede, pero que conforma una semántica, una «teoría del país». En definitiva, tras las páginas, a menudo acusadoras, de Manuel Mejido, uno percibe siempre esa teoría, como contraluz que hace aún más dolorosa y evidente la miseria económica y política de una buena parte de la población mexicana.

Quizá parte del debate esté en la distinta personalidad ideológica de una serie de hombres que parecen unificados en la Revolución mexicana. El estudio de Madero, Carranza, Pancho Villa, Emiliano Zapata y Alvaro Obregón resulta a estos efectos de singular interés. Porque si a todos los uno su común oposición al tirano Porfirio Díaz o al usurpador Victoriano Huerta, no hay duda que su aportación a la vida política de México ha sido bien distinta. Bastaría considerar, simplemente, las pugnas de Emiliano Zapata —de mentalidad decididamente socialista— con Madero o con Venustiano Carranza, demoliberales, que marcan la línea dominante del proceso revolucionario (re-

(1) Mariano Antolín: «Cuando 900 mil Mach Aprox». Azanca, 1973.

presentado por el PRI) del país. El asesinato de Zapata sería la constatación aparatosa y sangrienta de lo irreductible de esa pugna.

Con todo, un hecho es evidente: Incluso en los discursos de los líderes demoliberales es posible encontrar, aquí y allá, declaraciones relativas al reparto de tierras o a la modificación general de la economía en beneficio de las clases populares. De ahí los pactos tácitos o Frentes Revolucionarios establecidos en los momentos candentes. El que —y habría que citar, como parte importante del discurso, las Leyes de Reforma de Benito Juárez, de mediados del siglo XIX— todas esas palabras y disposiciones, los periódicos repartos de tierras, la desmembración de haciendas del clero y familias poderosas, la nacionalización de los recursos naturales, el paso vigoroso de Lázaro Cárdenas por la Presidencia conduzcan a la realidad que desvela Manuel Mejido es la «verdadera cuestión» mexicana. Cierta que la «reforma» ha solidado estar más pendiente de la tierra —como si su simple propiedad garantizara el bienestar— que de su explotación, pero cabe preguntarse hasta dónde la extensa frontera con los Estados Unidos no se ha convertido en una carga inamovible para el país. Si antaño determinó la pérdida de ricos y extensos territorios, la injerencia decisiva de embajadores —recordemos, por ejemplo, que el Gobierno usurpador de Huerta, el asesino de Madero, se decidió en la sede diplomática de USA—, concesiones para que Al Capone construyera un lujoso casino en una isla de la Baja California, Thompson saqueara las ruinas mayas del Yucatán con destino a los museos de su país o Lyndon B. Johnson disfrutara de un precioso rancho en Chihuahua, hoy, forzosamente, sigue siendo una amenaza que obliga a contradicciones y ambigüedades —cuando no a políticas económicas claramente pronorteamericanas, como la del ex Presidente Miguel Alemán—, siem-

pre favorables al caciquismo y la oligarquía.

En el libro de Mejido se dan terribles testimonios de la vida de ciertos sectores de la sociedad mexicana. Algunos temas, como, por ejemplo, el de la agonía de los lacandones —de cuyo pueblo sólo sobreviven 195 personas, un cuarenta por ciento tuberculosos—, tocados por Suárez y ahora por Mejido, prueban que las cosas no han mejorado. También el cuadro de la explotación económica, de los desproporcionados beneficios de los intermediarios, del caciquismo y de la asistencia técnica a hipotéticos agricultores —que poseen títulos de propiedad de hectáreas de bosque, pero que carecen de un par de mulas con que trabajarlas—, males contra los que Suárez presentaba en lucha a varias instituciones oficiales, se dirían agudizados en el amplio informe de Mejido.

¿Qué hacer? Con los Estados Unidos a las espaldas —«¡Pobre México, tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos!», dijo alguien una vez—, México es un difícil, hermoso y apasionante país que busca desde hace siglo y medio su identidad y su propia afirmación de la bondad y la justicia. Si el «haber hecho la Revolución» es a veces motivo de amargura ante la realidad, supone al mismo tiempo un estímulo crítico de profunda fuerza histórica. ■

JOSE MONLEON.



De vez en cuando, el pintor Joaquín Pacheco, con una periodicidad segura, pero sin fecha fija, se viene aquí a su aldea para hacer una exposición entre nosotros. Se diría que tiene la necesidad de venir aquí a decirnos cómo es, cómo está y qué es lo que está



haciendo. Joaquín Pacheco es madrileño. Es uno de los ocho o diez madrileños supervivientes, y, claro está, no vive en Madrid: vive en París. Aquí no vivimos más que los maquetos de nuestra ciudad y, por supuesto, nuestros hijos, que esos sí ya pueden ser de Madrid. Yo creo que Joaquín Pacheco viene aquí a algo así como a pasar lista: a decir "madrileño número 14", que será el que aproximadamente le corresponderá a él. Y se marcha antes de contaminarse nuevamente con los efluvios de su aldea natal. Su exposición actual, como de costumbre en él, la está celebrando en la galería Biosca. Es que cuando vuelve le gusta ser un castizo.

**Joaquín Pacheco, en la galería Biosca. Madrid**

Cuando Joaquín Pacheco vuelve a nosotros, nos trae noticias no de lo que somos, sino de una realidad que queda en los suburbios de lo que somos: de Europa. ¿Noticias digo? No exactamente: instantáneas, momentos fugacísimos de una vida que transcurre en otro rit-

mo distinto al que conocemos los indígenas de aquí, visiones fugacísimas de momentos que, aunque cotidianos, no volverán a repetirse nunca.

Es que Joaquín Pacheco es un realista: lo fue y quiso serlo siempre. Y no es que quiera relatarnos en su «crónica de la vida» los momentos que quedarán históricamente diferenciados por la previa diferenciación de sus personajes o por la significación de los hechos, no: los momentos que Joaquín Pacheco nos refiere son los que no quedarán, o no quedarán más que en su lienzo, anotados en su visión fugaz que ni sus propios protagonistas recordarán, pero que cuando se los mira en su lienzo refrescan en nuestra memoria esos instantes de nuestra vida cotidiana que son tan cotidianos, que ya están olvidados, pero archivados en los subterráneos de nuestra memoria. Y eso, aunque no sean escenas peculiares de nuestra vida madrileña o española: porque son escenas de nuestros días y de nuestro mundo, que percibimos a través de los efectos tímbricos, mutuamente adyacentes e infinitamente encadenados por el sólo hecho de ser, nosotros

también, protagonistas sin historia de estos días.

En Joaquín Pacheco, como en cualquier pintor, confluyen dos factores determinantes: una manera de pintar y el mundo que pinta. En el trance de hacer «crítica de arte», parece que lo primero es lo que tenemos que considerar decisivo y fundamental para tomarle la medida a un pintor. Pero lo segundo, y sobre todo en el caso de este pintor, es decisivo para la estructuración de lo primero. La visión del mundo es, sobre todo aquí, condicionante previa para su concepción, y, por tanto, para su uso de la pintura.

Joaquín Pacheco es de esos pintores de hoy que ha situado su ideal pictórico en los más alejados antípodas de lo que idealmente determinaron el mundo clásico o el clasicismo. En realidad, todo el arte moderno, desde sus orígenes, persigue más o menos declaradamente esa autonomización con respecto a la condicionante clásica, pero para no detenernos sino en una de sus últimas etapas —el aformalismo y sus alledaños, por ejemplo—, se advierte en el aformalismo, en primer lugar, una independización frente a la dictadura de la forma y, por tanto, de la belleza, tanto como una subversión frente a la figuración que los contenía. Los pintores del realismo actual que son pos-

teriores a esa actitud, como Joaquín Pacheco (que no se sitúan en una actitud polémica frente a esa actitud, sino que la asimilan y continúan), ya no tienen que luchar frente a la figuración, por ejemplo, porque no es ella el objetivo. Ni contra la forma... ni siquiera contra la equívoca belleza. Los pintores esos —pero ahora me refiero a Pacheco— luchan contra la idealización —contra el idealismo— que el clasicismo comportaba. Por eso, digo entre paréntesis, Pacheco es un «realista» en el sentido más profundo de la palabra.

Desde ese punto de vista, según mi criterio, cobra un sentido todo lo que es y todo lo que no quiere ser en su pintura.

Por ejemplo, la cuestión del tiempo. No es que Pacheco trate de pintar, como un futurista, la dinamicidad. Es que pinta, muy enfáticamente, lo que no es la eternidad, lo que no vive, como un desnudo antiguo en un Olimpo sin tiempo. Venancio Sánchez Marin, en un inteligentísimo diálogo con el artista, que sirve de prólogo a su catálogo, hace hincapié en la importancia que tiene para Pacheco la realidad vista desde la misma fugacidad, desde los reflejos, desde los ventanales que se nos aparecen al paso, desde la calle. El mundo de Pacheco es anti-idealista y profundamente tempo-

